

JUAN DE VALDÉS, *Diálogo de la lengua*. Edición de Rafael Lapesa (preparada y dispuesta para la imprenta por María Teresa Echenique y Mariano de la Campa). Trabajos introductorios de María José Martínez Alcalde, Mariano de la Campa Gutiérrez, Francisco Javier Satorre Grau y María Teresa Echenique Elizondo. Tirant lo Blanch, València, 2008; 219 pp.

En estos días, cuando abundan las misceláneas filiadas (literalmente) a los homenajes a nuestros grandes maestros, esta edición nos ofrece una opción académica cuyo beneficio rebasa por mucho el del libro misceláneo (en el que, seamos sinceros, muchas veces naufragan aquellos trabajos que no están tan estrechamente ligados a los cauces principales y terminan a merced de las aguas de los temas dominantes). El homenaje, sin duda, es necesario, pero también forma libros difíciles de manejar en la medida en la que se trata de obras académicas de alta especialización, pero de temática diversa, muchas veces más urdidos por el amor y el respeto a los maestros que por legítimos vínculos disciplinarios o temáticos.

En este caso, sin embargo, amor y academia se han amalgamado hasta convertirse en uno: se trata de una primorosa edición que concierta el homenaje al maestro, el rescate bibliográfico, los conocimientos especializados de los colaboradores (desde la bibliofilia hasta la ecdótica) y que al final ofrece un producto uniforme y acabado. Por supuesto, no puede ser la regla, por las características de la situación, pero es una magnífica opción para rendir un homenaje cuyos frutos están desde el principio garantizados. Para este homenaje, un grupo de discípulos (directos en su mayoría) de Rafael Lapesa, nos ofrece una edición póstuma del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, recuperada de un ejemplar con numerosas anotaciones manuscritas y conservado en su biblioteca personal. La edición rescata un buen caudal informativo (más de cuatrocientas notas autógrafas escritas en los márgenes de la edición de Montesinos) y agrega un texto crítico fiable en el que, a pesar de su origen póstumo, el lector podrá encontrar rasgos de originalidad respecto a los criterios editoriales que se han seguido para la edición del *Diálogo de la lengua*.

Respecto al texto crítico, los problemas inherentes a la misma génesis de una edición póstuma no restan mérito a los resultados finales. Si bien resulta difícil aventurar cuál habría sido el formato impreso que hubiera preferido el maestro para su edición, es cierto que María Teresa Echenique y Mariano de la Campa han podido deducir un conjunto de criterios válidos de las anotaciones que Lapesa iba realizando sobre el texto de 1928 preparado por José F. Montesinos. Como puede apreciarse en dos páginas del ejemplar con anotaciones autógrafas reproducidas facsimilarmente en la edición (pp. 113-114), el aspecto que más parece preocupar a Lapesa

es el de la fidelidad al manuscrito madrileño, tanto por lo que toca a la precisión léxica como a la grafemática. Ante estos indicios, los editores han transcrito el texto primitivo seguido por Lapesa, con lo que garantizan fidelidad a sus notas y precisiones léxicas; pero luego han realizado una compulsa con el manuscrito de la Biblioteca Nacional de España (ms. 8629) y, en segundo lugar, con la edición fijada por Lapesa sobre el ejemplar de su propiedad, última capa del trabajo editorial en la que se cumple una voluntad restitutiva y se advierte una actitud refractaria a las *emendationes ope ingenii* o simples errores de lectura de Montesinos, quien basó su texto en el de Boehmer. Así, el texto crítico presentado se ajusta en aspectos léxicos y grafemáticos al manuscrito de Madrid, lo que, pese a las afirmaciones de los editores previos más importantes, representa una novedad, pues a menudo han seguido demasiado de cerca el *textus receptus* de Montesinos. Aunque no se trata de un autógrafo, como es sabido, *M* en todo caso es el manuscrito que más garantías ofrece sobre sus coetáneos (aunque no podemos olvidar que el mismo Montesinos apuntaba en 1928 que “el manuscrito madrileño abunda en dificultades y la fijación del texto es tarea penosa”), con lo que siguen la voluntad del maestro y en cierto modo también la perfeccionan. La última capa a la que me he referido, formada por las correcciones gráficas de Rafael Lapesa, resulta muy importante, porque es la que orienta las decisiones finales en el texto crítico y no en todas las lecciones se apega al manuscrito de Madrid; como hace notar María Teresa Echenique, “su cotejo con el original permite comprobar, no sin sorpresa, que no se reproduce con total exactitud la ortografía del manuscrito de Madrid, *M*, sino que Rafael Lapesa utiliza un criterio de edición propio” (p. 88). Dicho procedimiento, no ceñido a los criterios de una colección en particular, como sí sucedió con la edición de Montesinos en “La Lectura” o con la misma edición de Lapesa en Clásicos Ebro, nos ofrece un texto que supera por mucho las ediciones asequibles. Recordemos que Montesinos basó su edición en la transcripción que Boehmer encargó a Keller (Introducción, “La Lectura”, Madrid, 1928, pp. lxxiv-lxxv) y que la edición de Montesinos sirvió de base para el texto crítico de Lore Terracini (Società Tipografica Modenese, Modena, 1957, pp. 66-67) y, aunque indican que siguieron el manuscrito de Madrid, parece haber influido demasiado, por lo menos en la parte grafemática, las ediciones de Cristina Barbolani (Cátedra, Madrid, 1982) y la de Juan M. Lope Blanch (Castalia, Madrid, 1969), según puede apreciarse en una compulsa superficial de dichas ediciones:

T. no hos concedere yo tan presto lo *que* aveys concluydo porque Gayo Lucio y los tres çipiones. Claudio Neron y Sempronio Graco siendo Romanos latinos y griegos no hablarían *con* turdetanos. celtiberos o

yberos y cantabros por interpretes si la lengua Antigua de España fuera griega. ni los mercaderes de Fenicia avian necesidad de interprete en el contratar de sus mercaderías con los Antiguos de España antes que cartagineses y Romanos la combatiessen (BNE ms. 8629, f. 19v; ahora disponible en la Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España <<http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigital/>>).

PACHECO. C No hos concederé yo tan presto lo que avéys concluido, porque Gayo Lucio y los tres Cipiones, Claudio Nerón y Sempronio Graco, siendo romanos latinos y griegos, no hablarían con turdetanos, celtiberos o yberos y cántabros por intérpretes, si la lengua antigua de España fuera griega, ni los mercaderes de Fenicia avían necesidad de intérprete en el contratar de sus mercaderías con los antiguos de España antes que cartagineses y romanos la combatiessen (edición Lapesa, Echenique y de la Campa, p. 115).

PACHECO. No os concederé yo tan presto lo que avéis concluido, porque Gayo Lucio y los tres Cipiones, Claudio Nerón y Sempronio Graco, siendo romanos latinos y griegos, no hablaran con turdetanos, celtiberos o iberos y cántabros por intérpretes, si la lengua antigua de España fuera griega, ni los mercaderes de Fenicia avían necesidad de intérprete en el contratar de sus mercaderías con los antiguos de España antes que cartagineses y romanos la combatiessen (Montesinos, p. 25; Lope Blanch, p. 57; Barbolani, p. 137, aunque cambia “Pacheco” por “T.” de “Torres”).

Como puede apreciarse en los ejemplos, además de ortografía y puntuación, los textos de Lope Blanch y Barbolani coinciden en errores de lectura originados en el texto de Montesinos (por ejemplo, en “no hablarían/no hablaran”) y en otras soluciones grafemáticas. Ante este panorama, el texto crítico propuesto por Lapesa, Echenique y de la Campa, se aparta de la tradición editorial que ha considerado la edición de Montesinos (e, indirectamente, la de Boehmer) como *textus receptus* y vuelve sobre el manuscrito de Madrid con fidelidad no sólo a sus contenidos, sino también a sus formas, lo que no es poca cosa en un texto que trata justamente sobre minucias lingüísticas. Ya Varrón se quejaba en el siglo I a.C. de la desatención de los copistas con los detalles lingüísticos (hablando de las declinaciones correctas desde la perspectiva de la etimología, anunciaba que “de hoc genere parcius tetigi, quod librarios haec spinosoria indiligentius elaturus putavi”, *De lingua latina*, VIII, xxviii), de modo que esta vuelta al manuscrito de Madrid me parece una actitud saludable, especialmente en atención a los temas que desarrolla Valdés aquí.

Respecto a la anotación, parte también importante del rescate realizado, hay que decir que las notas de Lapesa superan las de las otras ediciones asequibles en número, aunque están bien acotadas por lo que toca a los temas. Mientras la edición de Lope Blanch ofrece 46 notas, casi todas ellas de carácter léxico, y la de Barbolani llega a las 353, sobre temas muy diversos, desde fuentes hasta seña-

lamientos sobre indicios que apuntan al erasmismo de Valdés, la edición de Rafael Lapesa supera las 400 notas léxicas y paleográficas. En su mayoría, se trata de notas aclaratorias en las que se subrayan los rasgos particulares de la prosa de Valdés (italianismos, formas etimológicas y otros usos particulares, pues, como señala él mismo en el *Diálogo*, no se puede dar cuenta de la lengua castellana “sino por el uso común del hablar”, p. 101), el sentido de léxico desusado o de frases hechas (al estilo de “hombre del palacio”, “soltar la fe”, “hombre” con el valor de pronombre indefinido “uno”, “quando bien”, “hombre de haldas”, etc.) y, en pocos casos, información histórica o bibliográfica pertinente. Algunas de las notas apuntan a su Prólogo de la edición de Clásicos Ebro, aunque dicho prólogo no se reprodujo en esta ocasión (lo que es una lástima, porque la referencia resulta un poco inútil si no se tiene a la mano la edición de 1946). Una buena parte de las notas son indicaciones paleográficas sobre el manuscrito de Madrid en las que se señalan adiciones de los correctores, tachados y enmiendas, aunque el criterio seguido no es uniforme (en el f. 19v, por ejemplo, desafortunado y lleno de enmiendas, Lapesa describe en su nota 96 una tachadura y enmienda en las líneas 9-10; pero luego no se indica la omisión de una línea completa, “V. Basta que la lengua latina como he dicho”, después interlineada por la misma mano). Hay numerosas notas marginales, casi todas llamadas de atención de otra mano, que tampoco se transcriben ni se indican. Se trata, pues, de un apartado sobre el que hay que volver, pues las notas de Lapesa al respecto eran sólo llamadas de atención, pero me parece que muy lícitamente apuntan a una necesaria revisión del manuscrito de Madrid y a una tipología más fina de las manos que lo intervinieron en su factura y después, como parte de un proceso de lectura, trabajo oportunamente sugerido.

La edición está precedida por cuatro estudios con perspectivas muy distintas, pero que al final se integran para dejar al lector un buen panorama sobre los principales hitos editoriales del *Diálogo de la lengua*. María José Martínez Alcalde (“Los avatares de la primera publicación del *Diálogo de las lenguas* [1737]”, pp. 13-33) ofrece un estudio detallado de las condiciones en las que Gregorio Mayans emprende la publicación, por vez primera, del ms. de Londres, como parte de un proyecto editorial personal en el que igual que Valdés desfilaron Nebrija o el Brocense, pero que al final se disolvió por la diferencias personales entre el autor y el bibliotecario real, Blas Antonio Nasarre. El ambiente en el cual se publica por primera vez el *Diálogo* no sólo resulta interesante por las diferencias personales de Mayans, sino porque nos transmiten información muy rica respecto a la recepción e interpretación que tuvo la obra, tanto por el mismo Mayans (quien siempre atendió más a las opiniones de Nebrija que a las de Valdés, entonces anónimo) como por sus contemporáneos.

Mariano de la Campa (“El *Diálogo de las lenguas* bajo la erudición del siglo XIX”, pp. 35-57) completa este panorama al trazar los hitos principales de la obra a lo largo del siglo XIX, donde desfilan los nombres de Clemencín, Fernández de Moratín, pero muy especialmente Bartolomé José Gallardo, a quien debemos muchos avances respecto a las distintas noticias sobre los manuscritos coetáneos. Francisco Javier Satorre Grau (“El *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés y la gramática de su época”, pp. 59-81) sitúa, con economía y mucha claridad, las piezas clave del diálogo valdesiano desde una perspectiva coetánea: no es una gramática y más bien se desprecian las reglas en aras de los usos y costumbres; su proyección didáctica es amplia, pues los tres interlocutores ofrecen diferentes visiones de mundo (Pacheco, el hispanohablante no ilustrado; Coriolano, el italiano que apenas aprende la lengua; Marcio, el italiano culto que conoce la lengua), por lo que las preguntas pueden ir desde lo más elemental hasta lo más complejo; su perfil anecdótico convierte el *Diálogo* en una obra con la que Valdés respondía a las dudas de su círculo de amistades y, en ese sentido, es como debemos leerlo hoy. El último estudio, a cargo de María Teresa Echenique Elizondo (“En torno al *Dialogo de la lengua* y la presente edición”, pp. 83-92), ofrece un apretado estado de la cuestión que muestra la vigencia del diálogo de Valdés y que sirve de preludio para explicar la situación en la que se concibe esta edición.

La edición del *Diálogo de la lengua* de Rafael Lapesa representa, como trabajo colectivo y homenaje, una deuda de amor y de respeto académico saldada por su discípulos; pero más allá de la anécdota que le da origen, sus aportes son palpables: un nuevo texto crítico que recupera las lecciones originales del manuscrito de Madrid a través de los ojos de uno de nuestros principales historiadores de la lengua, el rescate de sus notas y el agregado de estudios originales que vuelven sobre los grandes temas del *Diálogo*. Valdés, sin duda, fue un enamorado de la lengua española; era justo que Rafael Lapesa, de quien no podemos decir menos, cumpliera su promesa de entregarnos una edición que superara a la del joven académico que fue en 1940, incluso después de su partida.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

FERNANDO BASURTO, *Florindo*. Edición de Alberto del Río Nogueras. Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007; xxxix + 324 pp. (*Los libros de Rocinante*, 24).

Este nuevo volumen de la ya imprescindible colección de libros de caballerías, impulsada (y, quizá más importante, mantenida después